S. ZEITLIN, *The Rise and Fall of the Judaean State*. Volume Two 37 B.C.E. — 66. C. E. — The Jewish Publication Society of América, Philadelphia, 5727-1967. — 145 × 215 mm. — XIII + 465 págs.

Es la segunda parte de la obra dedicada a la formación y ocaso del pequeño Estado judío, desde el principio del reinado de Herodes (37 a. C.) hasta la derrota del procurador Cestio y principios de la revuelta contra Roma (66 p. C.). La primera parte fue ya recensionada (Est. Bibl. XXI (1962) pp. 97-98). Por sus páginas pasan interesantes figuras de la historia de Israel, como Herodes y su dinastía, los procuradores romanos, los dirigentes de las diversas sectas judías, y el autor trata largamente del aspecto cultural, social, económico y religioso del judaísmo de esta época. Naturalmente su fuente principal son las obras de Flavio Josefo y el Talmud, sin descuidar los historiadores romanos y los modernos eruditos.

Para un lector cristiano esta época es de suma importancia para el conocimiento del ambiente religioso y social de donde salió el cristianismo. Pero, por desgracia, el estudio de los orígenes de la nueva sociedad y el conocimiento de las fuentes canónicas del N. T. es muy deficiente, no ya desde el punto de vista histórico y crítico, sino aun religioso, defecto este último comprensible quizás en un autor no cristiano, pero inaceptable en un historiador de las ideas, que no cumple con el deber de información para los lectores judíos, acepten o no la licitud de la solución cristiana. Cada cual tiene sus prejuicios y Zeitlin está en su derecho de manifestar sus simpatías por los fariseos, a quienes tanto debe el judaísmo posterior, pero no en ilusionarse en que no tuvieron su miopía y aun su ceguedad en muchas de sus soluciones.

La formación de las narraciones evangélicas y el valor histórico de los Hechos de los Apóstoles parecen crear muchos escrúpulos en la mente del autor, producto, creemos, de puntos de vista ya superados por la misma crítica independiente. La datación de los Sinópticos es tardía y Zeitlin no ha comprendido nada de la tradición oral y de la catequesis anterior y de la formación de los *Logia*. Que la mayoría de las palabras de Jesús fueran puestas por escrito en arameo (p. 355) es cosa segura, pero no puede excluirse que algunas pudieron haber tenido la primera redacción ya en griego, lengua perfectamente en uso, sobre todo en Galilea. Que el evangelio de Juan fuera escrito a mediados del s. II (p. 154), es una afirmación sectaria de la escuela de Tübingen ya superada, y que la datación por la más solvente paleografía del Pap. 52 de los Evangelios de la John Rylands Library probó ser falsa. El autor pone en duda que Pablo fuera discípulo de Gamaliel (p. 303). Las razones que presenta, de que Pablo no manifiesta un conocimiento de la Ley como era propagado por los fariseos, y de que su información sobre las costumbres judías refleja la práctica de las comunidades de la Diáspora, no prueban nada y aun parece negarse que sea este el caso. Pablo rehusa la Ley según el punto de vista farisaico porque repugna a su mente la estrechez farisaica, para probar la cual le hubieran servido los múltiples ejemplos de estrechez casuística ya liberal (Hillel), ya conservadora (Shammai), que Zeitlin aduce a lo largo de su libro. El autor no puede aceptar como histórico el relato del discurso de Gamaliel en favor de los apóstoles (p. 303). Josefo no merece mayor crédito que Lucas y los continuos disturbios políticos, la desunión de los judíos y la traición entre sí de los dirigentes del pueblo durante este siglo de historia y de histeria judías no permiten afirmar que Lucas cometió un error histórico al hablar

de Teudas antes de Judas el Galileo. Teudas puede ser un desconocido, y no el conocido iluso posterior a Agripa, dando fe a Josefo. La caracterización por Gamaliel de Teudas como hombre que creía ser alguien importante es más general que la narracción de Josefo. Y aun la misma grafía de Teudas no es segura, a juzgar por las versiones coptas, como esperamos probar en otra ocasión. La razón dada por los Evangelios por qué Antipas mató a Juan el Bautista la considera inverosímil (p. 149), para terminar diciendo que las narraciones evangélicas pueden complementar la de Josefo (p. 150). La narración de la muerte de Santiago y la persecución de Pedro por Herodes (Antipas) la cree históricamente dudosa (p. 201). La lista podría alargarse sin fin, pero los ejemplos aducidos bastarán para indicar que los autores de los libros históricos del N. T. son más solventes de lo que el autor supone. El habla repetidas veces de las utopías de Jesús en sentido peyorativo, hasta afirmar que "Jesús no comprendió plenamente la naturaleza del ser humano" (p. 330). Pobre seria la misión de Jesús de Nazaret si se hubiera tomado la molestia de venir a este mundo sólo para enseñar a los hombres a hacer lo que es posible. Aunque Zeitlin diga que es imposible, la enseñanza de Cristo es que el hombre ame a su enemigo, que a una ofensa recibida ofrezca la otra mejilla, que la perfección del hombre está en la perfección de Dios. Son utopias que los cristianos saben que El puede convertir en realidad.

El crítico no puede pretender que su fe en la misión divina de Jesús de Nazaret sea compartida por un autor no cristiano. Pero, como historiadores, podemos exigirnos de no ir más allá de lo que los documentos afirman. Si porque Mateo (13,55) llama a Santiago, José, Simón y Judas *hermanos* de Jesús, Zeitlin se cree en el deber de decir que eran hijos de María, la madre de Jesús, ¿cómo explicará Mt 28,56, donde Santiago y José son hijos de otra María? El autor no puede ignorar que el hebreo y el arameo carecen de la palabra *primo*, y por lo tanto llamarlos *hijos* de María, porque son hermanos de Jesús, es dar un paso antihistórico y anticientífico. El autor sabrá por qué lo ha dado. Jesús de Nazaret, como simple rabino, tiene tanto o más derecho que el más grande de los dirigentes de cualquier época del Judaísmo de ser considerado como un exponente legítimo de las tendencias más sublimes del Judaísmo, aunque naturalmente las supere. Esta tendencia se abre paso entre eruditos judíos de tanta o mayor solvencia que el autor de esta obra.

Por la época estudiada podría esperarse que el autor hubiese tratado de los esenios y de los documentos del Mar Muerto. Así nos chocó la afirmación de que "no hay literatura procedente de los esenios" (p. 344). Aunque en la introducción informa a sus lectores que va a tratar de esta materia en otro volumen, pues parece inclinarse por la atribución de estos escritos no a los esenios, sino a los sicarios y primitivos cristianos. Será necesario esperar el tercer volumen, para ver si el autor logra convencernos de sus ideas.

Para muchos lectores parece que en este volumen hace falta un índice de términos jurídicos. Aunque el autor indica que reserva un índice general para el fin de la obra.

ROMUALDO M. DÍAZ CARBONELL